

EL CAMPO SANTO DE IRÚN



MEDITACIÓN

El cementerio de ésta villa parece así como un constante pregón, como un continuo aviso á la humanidad ni más ni menos que si expofeso se hubiera elegido el sitio en el paraje más público, en el punto más céntrico, á fin de que recordase al hombre la inestabilidad de los bienes mundanos, señalándole el fin de su destino, cual el faro guía al navegante, para que no se estrelle en los arrecifes, para que no encalle en los escollos de que está lleno el proceloso mar de la vida.

Y es que á nombre de una exagerada prudencia, invocando principios de una mentida higiene, lo que se ha hecho es ocultar de nuestra vista la última morada, con objeto de que sea más alegre el festín, más placentero el goce, más tranquila la existencia; se ha querido que la idea de la muerte no turbe nuestra paz, sacándonos de las doradas ilusiones y trayéndonos al terreno de la realidad; se ha buscado el modo de apartar de nosotros la consideración de lo fugaz y efímero que es cuanto nos rodea, y en lo que hemos puesto las afecciones, y por lo que hemos consumido días de trabajos, largas vigiliás y hemos quebrantado amistades, reñido con los que nos dieron el ser, y pisoteado las leyes del honor, de la dignidad y de la justicia, como si fuésemos eternos y pudiéramos disfrutar siempre de lo que no es más que un pedazo de barro, al igual que nosotros.

Lo cual no empece para que á esa decapitada higiene que aleja de nuestra vista los cementerios, no le importe acumular en el casco de la población fábricas é industrias que inficionan el aire con gases nocivos, no solo para la salubridad, si que también para la vegetación; ni le atemorice que los residuos de aquellas corrompan y alteren la

pureza de las aguas, impidiendo su aprovechamiento para la pesca ó el abastecimiento de los pueblos.

Consiguientemente á la manía de esconder los cementerios, sobreviene la ingratitud universal, el atrofiamiento del corazón, la anestesia dei sentimiento, la parálisis de la caridad.

No hay que medir el cariño por el lujo y la apariencia. Eso deslumbrará á la sociedad moderna, tan pagada del fausto y del oropel; pero únicamente acredita la vanidad. Tal sucede en los entierros.

Yo que mensualmente visito el cementerio de San Sebastián, para verter una lágrima y elevar al cielo una plegaria ante la tumba de mi buena madre, jamás encontré arriba de media docena de personas.

¿Es posible, me decía, que de tantos millares de seres como aquí reposan, solamente cuatro ó seis hayan dejado en el mundo parientes ó amigos que se acuerden de ellos y los visiten?

Y al pensar en la humana ingratitud, al reflexionar acerca de tan absoluto olvido, aumentaba mi aflicción, se centuplicaba mi tristeza y comprendía toda la verdad que encierran las palabras del poeta de las rimas.

El cementerio de Irún no es de los escondidos, se halla en una prominencia, á la izquierda de la carretera que conduce al pueblo, y se divisa desde Irún, Fuenterrabía y Hendaya.

Cerca del cementerio se levantan varios caseríos; frente á él la larga serie de casas del paseo de Colón; en la hondonada, hácia uno de sus ángulos, la fábrica de luz eléctrica; rozando sus muros el ferrocarril minero de Endarlaza; en sentido contrario las líneas del Norte de España y Mediodía de Francia; en la otra hondonada el manso Bidasoa y las campiñas de Santiago.

¡La mansión del reposo, al lado de la actividad! La ciudad de los muertos al costado de la vida!

Posición singular y extraña que sugiere profundas meditaciones!

Porque cuando hoy de mañana visité dicho cementerio, formaban raro contraste con el silencio dei sagrado lugar la trepidación de los trenes, el descargue del mineral, la circulación de los tranvías y el disparo del cañon con que los buques francés y español saludan la enseña nacional.

Mas cuando iba á abandonar el campo santo llamó mi atención, cerca de un rincón, una modesta sepultura, con sencilla inscripción y sin más adorno que un paño negro y cuatro velas.

Sin embargo, allí yacen los restos de un batallador político, gobernador de Madrid en época memorable en los faustos de la política, y jurisconsulto notable, cuyo nombre va unido al de un célebre proceso.

Ante prueba tan palpable de lo que son y en lo que paran las pompas humanas, no pude menos de salir exclamando:

¡Vanidad de vanidades y todo vanidad!

ANGEL LÓPEZ Y PLAZA.

Irún, 2 Noviembre 98.

INTERESES DE LA PROVINCIA



EL RIO LEIZARAUN

Es sin duda alguna un verdadero venero de riqueza, si se tiene en consideración la importancia que hoy día representan los saltos de agua, cuyo valor se halla virgen é infecundo por falta de medios de comunicación, como luego demostraremos, siendo motivo más que bastante para que llamemos la atención de la Excma. Diputación provincial, que está celebrando sus sesiones.

No desconoce la Diputación la pobreza de éste suelo, lo montuoso y quebrado de éste territorio, ni la dureza de su clima; tampoco ignora los sacrificios que se impusieron aquellas Diputaciones forales de feliz memoria, que comprendiendo las circunstancias anteriormente expuestas, crearon una vasta red de carreteras, toda vez que la importancia agrícola no podía por sí sola labrar el bienestar de los habitantes de éste noble solar; quisieron dar á esta provincia otros medios de riqueza abriendo las puertas á la industria y al comercio, lo que con la constancia que caracterizó todos sus propósitos lograron por medio de sabias disposiciones que evitaron que los hijos de ésta región tuvieran que emigrar á lejanas tierras en busca de un sustento que les negaba el ingrato suelo donde nacieron.

El incansable celo é inteligencia de aquellas memorables Diputa-